

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

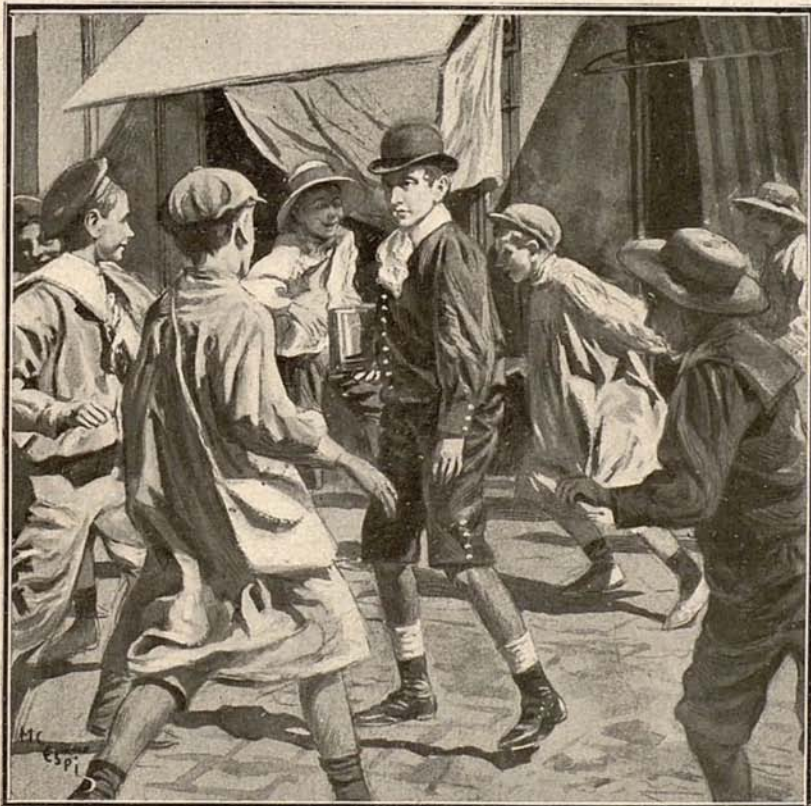


NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO III

MADRID, 11 DE OCTUBRE DE 1908

NÚMERO 41



EL REY PERICO

El señorito Vaconcines de Ribatejada del Fresno y Cucufate del Valle, que de tan rimbombante sarta de apellidos presumía aquel pobretuco Periquín, condiscipulo nuestro, hizose antipático á todos desde el primer día que asistió á clase.

Ayuntamiento de Madrid

Con la ridícula prosopopeya de uno de esos finchados hidalgillos portugueses que figuran en los cuentos de almanaque, el novato ocupaba el sitio que le había designado D. Sabas, nuestro viejo y querido profesor. No hablaba á los de su banco, y nos miraba á todos con irritante altanería, procurando apartarse de los que iban modestamente vestidos, como si temiera ensuciar su ropilla, que á la legua advertíase ser aprovechada de la de su señor papá, un noble arruinado, sin otros metales conocidos que los que pródigamente aparecían en los cuarteles de su escudo.

Aquel fatuo señoritín nos trataba á todos como si estuviésemos en plena Edad Media y fuese él hijo de uno de aquellos infanzones, señores de horca y de cuchillo, y nosotros sus humildísimos vasallos.

Como si pretendiera hacernos comprender la distancia social que le separaba de nosotros, míseros hijos de la gleba, sacaba á relucir enfáticamente, viniese ó no á cuento, los títulos y preeminencias de su estirpe que, á creer sus historias, descendía en línea recta del propio Chindasvinto, rey godo de España. Y tanto repitió el cuento á propósito de su gótica majestad, que creímos deber ineludible nuestro darle á su descendiente tratamiento real.

Una tarde, al salir del colegio, nos reunimos unos cuantos *vasallos*, y, entre grandes risotadas, decidimos proclamarle rey.

Y el señorito Pedro Vasconcines, etc., etc., fué llamado por todos nosotros el rey Perico. Tanto empeño pusimos en popularizar su nombramiento, que el muy desagradecido llegó á enfurruscarse y á jurar que haría ó dejaría de hacer con los que le habíamos encumbrado tan lindamente en el trono de los Pericos. ¡Inconvenientes de elevar á los pelagatos á tan regias alturas...!

La cosa quedó en nada, es decir, nuestro risible monarca acentuó su altivez con nosotros, indigno populacho, que tomábamos á chacota lo de la sangre azul que corría por las venas del fantasioso camarada.

Cierto día, lunes por más señas, corrió en clase una noticia que nos encendió en santa indignación: la víspera, al salir de misa, el rey Perico había cometido una avilantez imperdonable contra nuestro viejo y querido maestro. En vez de atender á la afectuosa llamada de don Sabas, huyó de él con el gesto altanero y despreciativo del magnate que se ve importunado por un mendigo...

En verdad, la indumentaria de nuestro profesor no se recomendaba por lo flamante; el tiempo abrigó el traje de una manera escandalosa, y el descuido de su dueño habíale adornado con manchas y quemaduras de cigarro; las botas lucían tacones de sobra distraídos, y

el sombrero, por su respetable antigüedad, colmaría las esperanzas de un gracioso de teatro.

El rey Perico lucía, en cambio, un traje nuevo de pana azul con botones dorados, zapatos de charol y sombrero hongo de última moda.

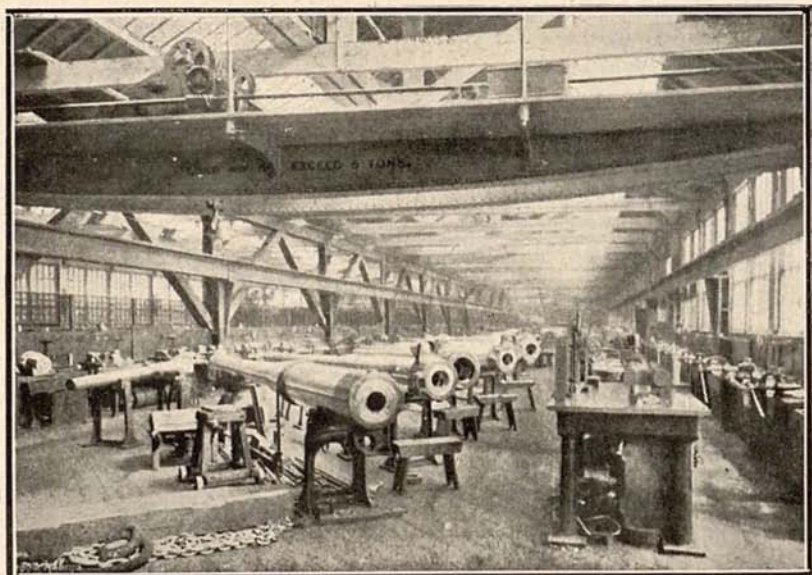
¿Le dió vergüenza de que le viesen en compañía de un viejo tan pobretonamente vestido, ó fué el orgullo de raza el que le obligó á despreciar la compañía de un dómine de tres al cuarto...?

Fuera lo que fuese, toda la clase se sintió profundamente indignada contra aquel mal compañero que había despreciado en público al bueno de D. Sabas, nuestro padre espiritual, como lo son todos los que comparten pródigamente su pan de sabiduría con sus discípulos.

La altanería del mocito, los continuados vejámenes de que nos hacía blanco, y su hazaña con el maestro, determinaron en la grey escojar una manifestación de protesta, tanto más vehemente é impulsiva cuanto que en la infancia todo se supedita al sentimiento y nada al raciocinio.

Concluirá.





EL BRONCE

Cuando apareció el hombre sobre la tierra, tuvo que luchar contra los elementos y contra los animales para defender su vida y buscar alimento y abrigo. Se valió entonces de lo que más á mano tenía: las piedras, y, aguzándolas en una ú otra forma, con ellas construyó sus instrumentos de trabajo y de defensa: martillos, hachas, lanzas y flechas.

Mucho tiempo debió transcurrir hasta que encontrase los metales y diera con la forma de utilizarlos amoldándolos á sus necesidades por medio del fuego. Y como muchos de esos metales no tienen, cada uno de por sí, las condiciones de dureza y de consistencia necesarias para que sirvieran al hombre en sus empresas de industria ó de guerra, á fuerza de tanteos y de ensayos descubrió por fin el bronce, y esta aleación vino á substituir á la piedra en todos aquellos menesteres que ésta desempeñaba.

He aquí que primero hayan pasado los hombres por el uso de objetos ó instrumentos de piedra y luego por el de los de bronce, llamándose á estas épocas *edad de piedra* y *edad de bronce*.

Los numerosos objetos de este metal que se han encontrado y la perfección con que están hechos, demuestran que la edad de bronce debió durar mucho tiempo y que la civilización que durante ese período se alcanzó fué bastante perfecta. En algunos de los ejemplares que se han encontrado, especialmente en anillos, pulseras, diademas, etc., hay dibujos y adornos de oro y de plata.

Los orientales conocieron el bronce y tuvieron estatuas de ese metal; entre las antigüedades egipcias hay objetos de bronce y, según las Sagradas Escrituras, también lo manejaron los hebreos.

Pero donde llegaron á la perfección en el empleo de ese metal fué en Grecia, contando los historiadores que lo empleaban para hacer estatuas quinientos años antes de Jesucristo. Continuaron adiestrándose en este arte que llegó á su mayor desarrollo en tiempo de Alejandro, y entonces fué cuando fundieron los *colosos* de Rodas, de Delfos y de Olimpia.

Con la invasión romana desaparecieron de Grecia los maravillosos broncees debidos á Fidias, Praxiteles, Lisipo y Apeles, y lo que no pudieron llevarse á Italia fué destruído por la ignorancia ó la barbarie de la soldadesca.

Por desgracia, pocos broncees antiguos han llegado hasta nosotros, pues los que en Roma hubo los transportó Constantino II á Constantinopla y á Siracusa, y los turcos por una parte y los árabes por otra, en vista del precio que alcanzaba, fundieron el bronce de las joyas artísticas que Grecia y Roma produjeron, cuya belleza y perfección no han sido igualadas después.

Casi todos los broncees de la antigüedad están en el Museo de Nápoles, y gran parte de ellos se han encontrado en las excavaciones de Pompeya y de Herculano. Cuéntanse entre ellos los seis bailarines que decoraban el *proscenium* del teatro de Herculano; bastantes bustos, siendo los más famosos los de Escipión, el *Africano*, y Séneca, y el *Fauno dormido* y el *Fauno ebrio*.

En Roma está la estatua de Marco Aurelio que Miguel Angel restauró, y los bustos de los emperadores Cómodo y Septimio Severo.

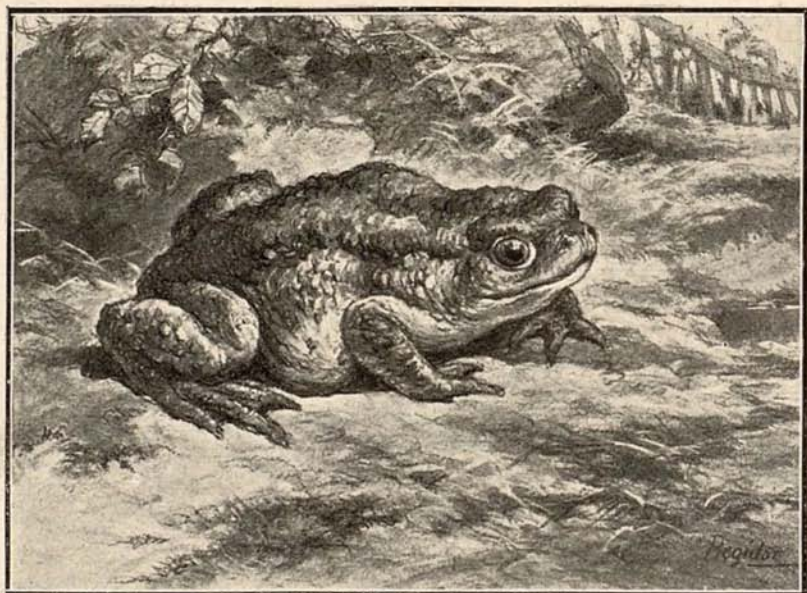
Hasta el siglo xiv no renació luego el arte del bronce; pero entonces Italia produjo una porción de obras hermosas, y aun cuando no dominaban los artistas de aquella época las dificultades de la fundición, no por eso tienen menos mérito sus producciones, puesto que para corregir los defectos de aquella tenían que retocar las piezas que, en muchos casos, más parecen cinceladas que fundidas.

Andando los siglos, el arte del bronce se convirtió en industria, y lo que antiguamente sólo era patrimonio de los poderosos de la tierra, hoy está al alcance de todas las fortunas, y por modesta suma puede cualquiera adquirir reproducciones de las más celebradas obras de otras edades.

El bronce es una aleación de cobre, estaño, plomo y cinc. Como se emplea para muy diversos usos, las proporciones en que estos metales entran en la aleación son distintas en cada caso, según se quiera que tenga más ó menos dureza y tenacidad.

El fundir el bronce es operación delicada, porque siendo el estaño, el plomo y el cinc más oxidables y más volatilizables que el cobre, hay que evitar la pérdida de aquellos metales, operando con mucha rapidez y cuidado.

JUAN ANTON.



EL SAPO

Revisando iba Manolillo las plantas de su reducido jardín, cuando vislumbró entre unas piedras la figura repulsiva de un sapo. Estaba éste echado sobre su vientre, alta la fea cabeza, abiertos hasta el espanto los saltones ojos y tembloroso el informe y verdinegro cuerpo, cuya piel, cubierta de asquerosos tubérculos, se contraía con los espasmos del miedo. Manolillo, al ver tan asustado al pobre animalejo, se echó á reír, y fué corriendo á su casa en busca de un cordelillo con que poder atar al batracio y martirizarlo hasta que muriera. ¡Ved si el cuitado sapo se amedrentaba sin motivo...! Cuando el chiquillo, ayudado de un hermano suyo, al que hizo copartícipe de su hazaña, se disponía á empezar el tormento del pobre bicho, se presentó su padre, y enterado de su propósito lo reprendió severamente, diciéndole que el entretenerse en mortificar animales inofensivos sólo era propio de niños perversos.

—¿Qué te ha hecho ese pobre bicho...?

—Nada—respondió Manolillo;—pero ¿para qué sirve un sapo...?

—¿Para qué?—añadió el padre.—Para limpiarte el jardín de sabandijas y cucarachas; para engullir las moscas, que tanto te molestan, y, sobre todo, ya que tan amigo eres de las flores, para preservar y defender las plantas de los furibundos ataques de limazas y gusanos, por

cuya razón los jardineros ingleses lo aprecian y lo compran para tenerlo en sus parques y jardines.

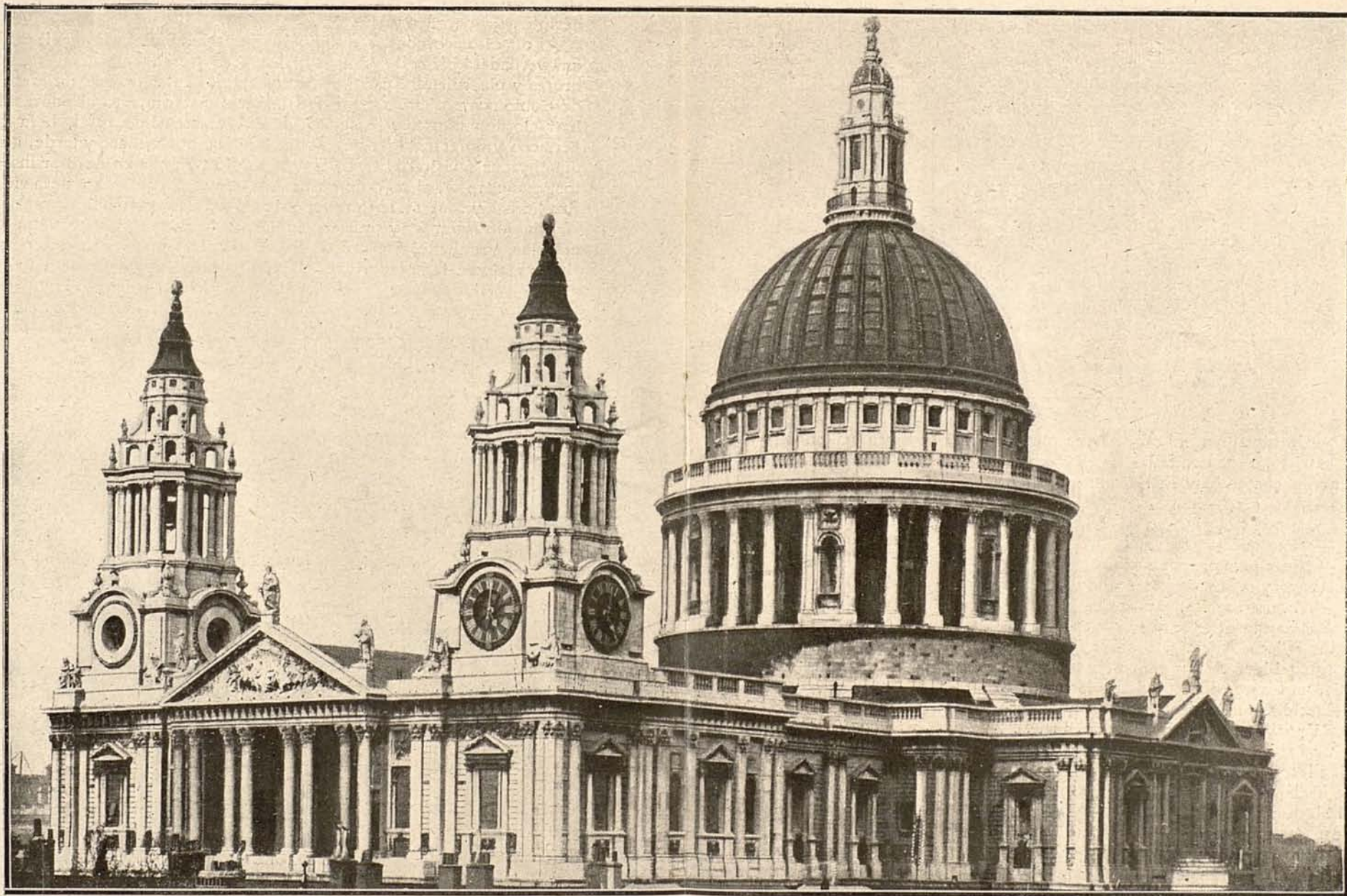
Al oír esto acordóse Manolillo de un rosal sobre el cual había caído una verdadera plaga de dañinos bicharracos que se comían sus tiernos brotes y obstruían los capullos, horadándolos antes de que abrieran; y deseando comprobar la verdad del aserto paterno, ató al pobrecillo batracio de una pata y lo sujetó al pie del escuálido rosal, befa del hermoso y floreciente jardín. Todos los días, por mañana y tarde, acudía el rapaz á visitar al sapo, el cual se dió tal prisa en devorar insectos, que el rosal, al cabo de varios días, empezó á recobrar nueva vida. Sus tiernas yemas se abrieron poniendo en las esqueléticas ramas la alegría de sus verdes y ovaladas hojuelas; de entre éstas brotaron los capullos, semejantes á microscópicos fanales, y pasado un mes, en una riente mañana, toda luz y armonía, toda perfumes y aleteos de brisa, el rosal vestido ya de lozano verdor apareció engalanado con dos ó tres rosas de rojos pétalos y áureas corolas... Loco de alegría, corrió



Manolillo á referir á su padre el milagroso acaecimiento, y al terminar exclamó:

- ¡Y yo que creía que un sapo no servía para nada...!
- A lo que su padre le contestó entre beso y beso:
- Hijo mío, nada cría supérfluo la Naturaleza.

José A. LUENGO.



LA CATEDRAL DE SAN PABLO EN LONDRES

El templo más notable de los mil que Londres posee, es la Catedral de San Pablo, situada en la City sobre una colina. Ocupa el lugar donde había un antiquísimo templo cristiano. El actual se empezó en 1675 y fué

consagrado en 1697, terminándose las obras en 1710. Su coste, de 747.954 libras, se pagó con el importe de un impuesto sobre los carbones. La nave tiene 152 metros de largo por 36 de ancho, y la cúpula, 125 de altura.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXXVII

Desde aquel día mi casa parece otra. Mis papás están un poquito tristonos pensando en las chicas, y yo tengo que esforzarme por tenerlos contentos y charlar mucho y reir mucho.

—¡Ay, *miss!*—la dije un día.—Yo quisiera ser muy grande, muy grande, casi una gigante.

—¿Para qué?—preguntó.

—¡Pues para ocupar mucho sitio y llenar el lugar de las hermanas, y que papá y mamá creyesen que todavía estaban aquí.. !

—Mira, Pilarcita, eres tan buena y tan dulce, tienes unos sentimientos tan hermosos, que tú solita, chiquitina y todo, llenarás la casa y nos harás felices. Además, el saber que sus hijas son dichosas completará la tranquilidad de tus padres, y los verás reir y gozar. ¡Eres tú, niña mía, un tesoro capaz de llenar la casa entera!

Decididamente tengo una *miss* la mar de buena, y por complacerla puede una hacer cualquier cosa.

Se me ha olvidado decir que el día de las bodas hubo muchos convidados, y entre ellos Luisito y su mamá, que está guapísima, y que se ha hecho muy amiga de casa. Luisito ha crecido mucho y casi le asoma el bigote; ya no juega apenas, ¡es tan formalote! Mi papá dice que lleva una gran carrera y que es un hombrecito de provecho.

Naturalmente, yo no puedo quedarme atrás, ¡qué se diría! Y hablo el francés completamente y bastante el inglés. Todas las lecciones me van gustando mucho ya, y llevo la cuenta de todos mis gastitos muy retebién. Como es bueno siempre el enseñar las cosas provechosas por si alguna de mis amiguitas es perezosa ó traviesa, como yo era antes, he de asegurarlas que el estudio se hace más divertido cuanto más se

avanza en él; que el trabajo es uno de los entretenimientos más agradables, y que la verdadera satisfacción no es hacer rabiar á los demás, como á mí me parecía cuando era pequeña, sino, por el contrario, el que por nosotros se pongan todos contentos.

¡Cómo me gusta, cuando veo á mis padres tristoncitos, hacerles sonreír con mimos y caricias!

¡Qué lindo me parece el procurar llenar el hueco de mis hermanas, ayudando á mamá, saliendo con ella, hablándola, ocupándome en todo lo que ellas se ocupaban! No crean ustedes por eso que no juego nunca; nada de eso. Juego siempre algún ratito y no abandono á Baby ni al muñeco que me regaló Luisito. Y sigo guisando mucho, sino que ahora guiso casi de veras; muchos días hago algún plato para la mesa. Y como sé que hay muchas niñas que tienen la afición de la cocina lo mismo que yo, explicaré algún guiso rico.

Mamá se quedó con poquitas ganas de comer cuando se casaron las chicas, y sólo comía ternera fiambre que hace muy bien la cocinera. Y yo la dije:

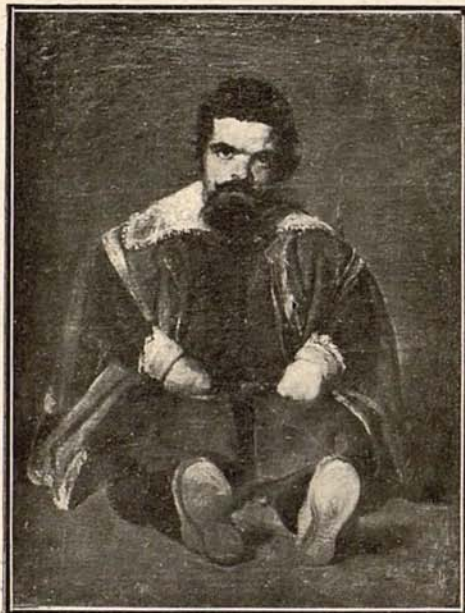
—Quiero ser yo mismita la que prepare la ternera para mamá; enseñame.

Verán como la preparé un día:

Se compró un kilo de ternera muy blanca, cien gramos de jamón, 50 gramos de trufas, 50 gramos de setas, cien gramos de manteca de cerdo y de vaca mezclada. Se mecha la ternera con tiras de jamón; las setas y trufas, bien limpias, se parten en pedazos alargados y con ellos se trufa también la ternera. Espolvoréase de sal y pimienta negra molida, y en grasa bien caliente se dora, poniéndola luego en el horno hasta que esté bien pasada. Al trozo de ternera se le da forma de rollo atándole con un cordón. Cuando está en punto (que se conoce clavando un tenedor y que este entre y salga con facilidad) se quita de la grasa y se deja enfriar en una fuente tapada con otra, pues el aire endurece las carnes. Este fiambre, como todos, no debe trincharse hasta estar completamente frío y prensado; esto puede hacerse, á falta de prensa, poniendo la carne en una tabla, colocando otra tabla encima, y sobre esta tabla bastante peso, unas planchas por ejemplo, y dejándolo así cuatro ó seis horas.

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





SEBASTIÁN MORRA

que se representaban las grandes tragedias de Sófocles y de Eurípides, y lo mismo ocurría entre los romanos. Los grandes escritores Séneca, Suetonio y Marcial nos enseñan el caso que hacían los romanos del tiempo del Imperio de los bufones, y las pinturas descubiertas en Pompeya representan á menudo estos grotescos personajes, corroborando las noticias de los citados autores. El emperador Augusto tenía un bufón llamado Galba, cuya reputación era muy grande.

El mundo cristiano heredó los bufones del paganismo, y de ellos nos hablan los historiadores de la época. En el siglo v se les llamaba juglares. Los reyes y los grandes personajes solían tenerlos en sus casas para su recreo, y se los llamaba también locos y hombres de placer. Generalmente eran enanos

LOS BUFONES DE VELAZQUEZ

El deseo instintivo de los hombres de que los diviertan les ha hecho en todos los tiempos acudir al llamamiento de los saltimbanquis, charlatanes y payasos.

Según Homero nos cuenta en la *Iliada*, Thersites era el bufón del ejército, que hacía reír por sus humoradas y salidas de tono. En la antigüedad griega y romana, los bufones se llamaban *moriones* y desempeñaban un gran papel. Los atenienses gustaban de verlos en los mismos teatros en



PABILLOS DE VALLADOLID

ó deformes, y su grotesca figura les ayudaba á sostener la risa ajena con sus ingeniosidades, payasadas y aun desvergüenzas.

En Alemania los bufones tomaban parte en las fiestas y en las conspiraciones y guerras de la época caballescá; en los demás sitios eran menos guerreros y vivían en paz entre las intrigas cortesanas.

De los bufones de los reyes de España poseemos una colección de retratos pintados por el gran Velázquez. Por cierto que durante muchos años se creyó que eran retratos de otras personas. *Pabillos de Valladolid*, se te-



EL PRIMO



D. JUAN DE AUSTRIA

nía por el retrato de un comediante; *D. Juan de Austria*, por el de un artillero; y *Pernia*, por el del propio *Barbarroja*.

Cítanse otros truhanes de la época, pintados asimismo por Velázquez y que forman parte de la colección de enanos, bufones y hombres de placer, pertenecientes al marqués de Leganés; pero no se sabe dónde han ido á parar.

Enanos ó semihombres, según dice que los llamaban los flamencos, pintó también varios el autor de *Las Meninas*, entre ellos *El Primo*, *D. Antonio el inglés* y *D. Sebastián de Morra*. En tiempo de Felipe IV abundaban en palacio estos ridículos favoritos, algunos de los cuales le acompañaban en sus viajes y hasta en sus expediciones de guerra.

L. CH.

ILUSIONES OPTICAS

La retina de nuestros ojos conserva la impresión de los objetos que vemos durante cierto tiempo, y esta persistencia de las imágenes da lugar á cierto número de ilusiones ópticas, en las que se fundan algunos juegos y recreaciones. El cinematógrafo, por ejemplo, consiste en una serie de imágenes en sus sucesivas actitudes de los movimientos que al girar rápidamente nos produce la ilusión de una sola imagen que se mueve. El juguete sencillísimo, que nuestros jóvenes lectores pueden construir por sí mismos, consiste en un cuadrado de cartulina, en cuya cara hay un pájaro, y por el revés una jaula. Haciéndola girar por medio de dos hilos, se tiene la ilusión de que el pájaro, atravesando la tarjeta, se ha introducido en la jaula.

Cálquense nuestros dibujos sobre una tarjeta y trácense con lápiz las líneas que marca la figura 1.^a En el punto *e* se pinta el pájaro, y por el revés se practica la misma operación para dibujar la jaula. En los extremos *ss* de las figuras 2.^a y 3.^a se pasan dos cordoncitos, y cogiéndolos por sus puntas, se retuercen para que la tarjeta gire rápidamente, y se verá el pájaro dentro de la jaula. Las figuras deben estar en dirección inversa como la de las monedas.

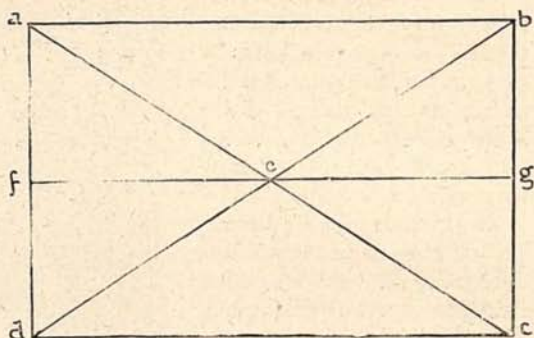


Figura 1.^a

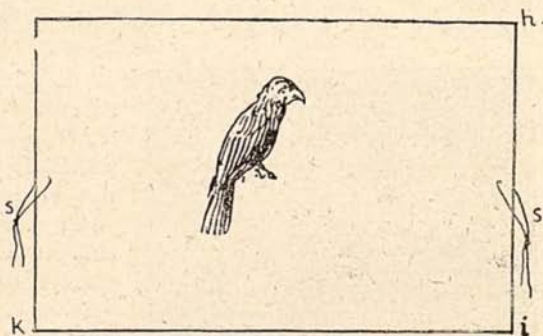


Figura 2.^a

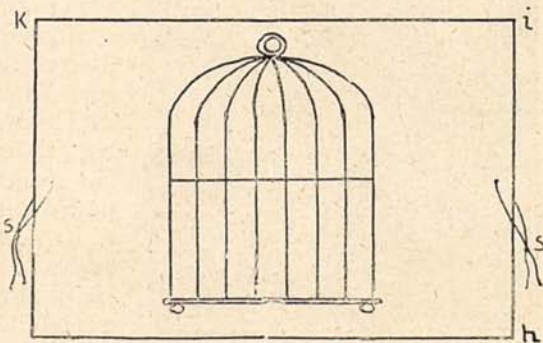
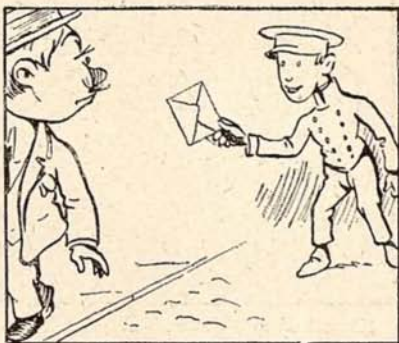


Figura 3.^a

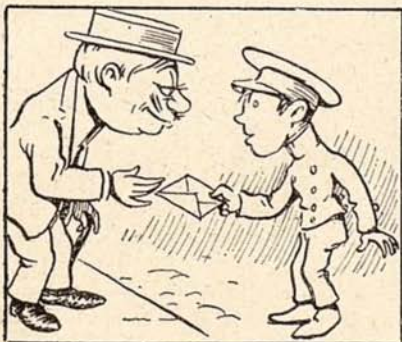
UNA AVENTURA AMOROSA



Medardo, tipo elegante, había escrito una carta amorosa, y esperaba impaciente la contestación.



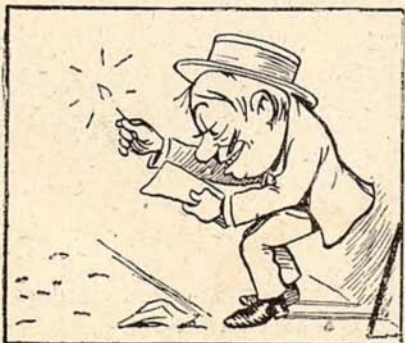
Una noche, al retirarse á su casa, oyó que alguien le llamaba, y volvió la cabeza.



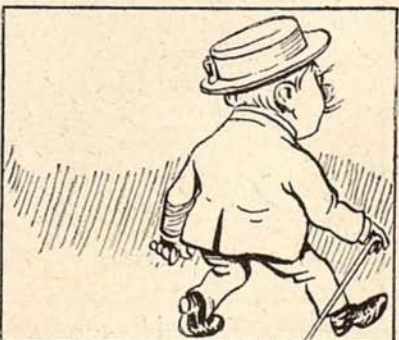
Era un criadito de la dama en cuestión, que le entregó un billetito amoroso.



Loco de contento, apretó el paso para llegar á la luz del primer farol y poder leer el billete.



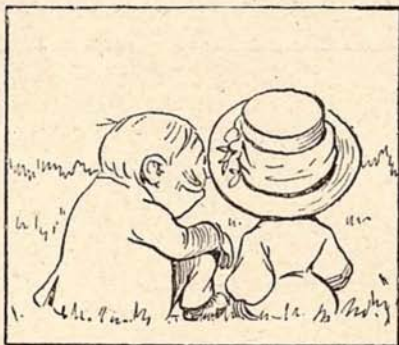
La impaciencia le consumía y encendió una cerilla; ¡qué alegría!, la dama le daba una cita.



Salió presuroso para el lugar indicado en la carta, entregándose por el camino á los más fantásticos ensueños.



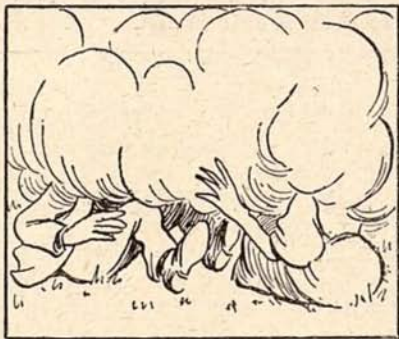
Encontró á la dama, y Medardo se deshizo en palabras almidaradas, llenas de lírica poesía.



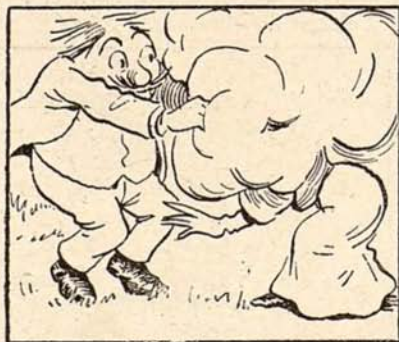
Largas horas permanecieron sentados, trazando planes para el porvenir risueño que les esperaba.



Después de largo diálogo, Medardo encendió un cigarro, prendiendo sin notarlo el sombrero de la dama.



Que, como era de paja, ardió fácilmente y no tardaron en encontrarse envueltos en una densa humareda.



En un rasgo de heroísmo, Medardo agarró el sombrero para salvar la hermosa cabellera rubia.



Que no era tal cabellera, sino una hermosísima peluca que Medardo arrancó con el sombrero.